

RESEÑAS

SOBRE *LA COMUNA MEXICANA*
BRUNO BOSTEELS

Akal, 2022

por

Ignacio Repetto

Universidad de Buenos Aires

Licenciado en Letras (UBA). Fue becario UBACyT del proyecto “Archivo y diagrama de lo viviente (siglo XX)” y actualmente se desempeña como investigador alumno de la Cátedra Libre de Estudios Filológicos Latinoamericanos “Pedro Henríquez Ureña” y como becario del Centro Interuniversitario Nacional.

Contacto: ignaciorepetto@gmail.com

ORCID: [0000-0003-2480-5519](https://orcid.org/0000-0003-2480-5519)

DOI: [10.5281/zenodo.10144375](https://doi.org/10.5281/zenodo.10144375)

El autor de *La comuna mexicana* no acude a los trabajos de Foucault ni a las conceptualizaciones de Derrida, y es posible que la palabra “archivo” se encuentre mencionada contadas veces a lo largo del libro, pero, sin embargo, no resulta arriesgado decir que su intervención propone una lectura de corte arqueológico sobre dos series de archivos que pretende intersectar. La primera, minada de vacíos, corresponde a los archivos de los alzamientos populares en México, que atraviesan la historia del territorio, en cuyo recorrido se enlazan los levantamientos indígenas durante la conquista, la Revolución mexicana y las protestas ciudadanas vividas en los primeros años de la década del 2000; la segunda, apenas menos extensa, concierne al vasto acervo de publicaciones, escritos, cartas y apuntes reunidos bajo la firma de Marx, y al largo desfile de personas que lo estudiaron y editaron, tanto en Europa como en América Latina.

A contrapelo de la *ratio archivística* que instituye jerarquías e impone clasificaciones de sentidos, Bruno Bosteels interroga ambos ordenamientos a partir del concepto de “comuna”, de modo que se acerca a la perspectiva que Andrés Maximiliano Tello ha llamado “anarchivista”. Según el filósofo chileno, precisamente, las experiencias comuneras y, en particular, la de la comuna de Oaxaca creada en el 2006, comparten el mismo horizonte y resultan paradigmáticas de los nuevos movimientos políticos que interrumpen la máquina social del archivo estatal:

Los ensamblajes anarchivistas tienden hacia una organización que no jerarquiza los órganos del cuerpo, es decir, que no reproduce las jerarquías del orden policial del archivo, desactivando sus tecnologías de clasificación e identificación. En lugar de esto, los ensamblajes anarchivistas expresan una potencia creativa de soportes comunes para el auto-gobierno de inscripción de los afectos, los cuerpos y sus registros, generando simultáneamente nuevos modos de subjetivación política, tecnologías de re-distribución expansiva y una gestión colectiva de los recursos (2018: 289).

Esta forma de manifestación política pasó desatendida en los dos libros anteriores de Bosteels quien protestó la “melancolía” de las izquierdas en *La actualidad del comunismo* (2011), y rechazó la sentida “obsolescencia” del pensamiento de los filósofos de la sospecha en *Marx y Freud en América Latina. Política, psicoanálisis y religión en tiempos de terror* (2012). Casi una década después, en este nuevo volumen, Bosteels se propone adelantar una historia y una teoría de las experiencias comuneras que tuvieron lugar en el territorio mexicano.

La tesis que guía y orienta la lectura, presentada en el prefacio titulado “La otra comuna”, es que la tradición de estas revueltas, en gran medida invisibilizadas y ausentes en las historias de las insurrecciones occidentales de los *sin parte*, permite elaborar una reflexión sobre la potencia de lo “común” y de los “comunes”. De lo que se trata es, justamente, de desplazar la centralidad de la experiencia de la Comuna de París de 1871, hasta ahora el acontecimiento comunero por antonomasia, debido a los incansables exámenes hechos por Marx y sus posteriores exégetas. A partir de una ambiciosa revisión filológica de las traducciones de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de Bernardo de Sahagún y la *Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España* del fray Alonso de Zorita, el teórico belga sugiere que las resistencias indígenas a la conquista de Tenochtitlán en 1521 podrían pensarse como precursoras insospechadas de su contraparte francesa. Las expresiones “calpulli” o “calpulco” presentes en ambos textos podrían interpretarse como “la casa común” o “la casa de la comunidad” y se referirían a formas de organización social, fundadas en un manejo colectivo de la tierra y de los recursos que ya se encontraban en erosión.

Inversamente, Bosteels pretende desobstruir la lectura de episodios comuneros europeos y señalar la “simultaneidad de lo no-simultáneo” entre los acontecimientos. Así sucedió con las Comunidades de Castilla que, desde la publicación de *El manifiesto comunista* en 1848, y al menos hasta 1871, fueron desestimadas por Marx al ser entendidas como antecedente de las sublevaciones burguesas. Relegado a la transición entre la época medieval y el período capitalista pues, el concepto de comuna quedó estancado. La intención de encontrar una nueva riqueza teórica y práctica a partir de este choque de tradiciones, sin embargo, no está libre de rechazos, enunciados desde distintas posiciones y disciplinas, con las que Bosteels dialoga y discute. Filósofos de cuño marxista como Alain Badiou y Toni Negri se encuentran reacios a encontrar estrategias políticas creativas en experiencias de regímenes distantes que mal se conjugan con el estadio tardío del capitalismo actual; antropólogos como Roger Bartra y Friedrich Katz ponen reparos a la hora de asociar los *calpulli* a la teoría marxista. También se incluye en esta línea Walter Mignolo quien distingue lo comunal como opción decolonial imposible de reconciliar con el proyecto de las izquierdas europeas.

No obstante esto, lo que se lee en *La comuna mexicana* es un compromiso ético y político con el presente. En la introducción, titulada “Más allá del memorial de agravios”, Bosteels subraya la urgencia de una reflexión acerca de las experiencias comuneras cuando se detiene a considerar el contexto político contemporáneo de México, marcado por el autoritarismo estatal y el crecimiento del crimen organizado. Pesa, sobre todas las cosas, la

sombra de Ayotzinapa y la desaparición forzada de 43 estudiantes de una escuela normal rural el 26 y 27 de septiembre de 2014. Este constituye uno de los hechos más infames del terror vivido en los últimos años, pero pasa a asimilarse, sin más, a la larga historia de exterminios y derrotas sufridas por parte de las luchas sociales. En este sentido, aunque contempla la obra de Cristina Rivera Garza o de David Huerta, que reactivan la memoria del dolor de quienes han sido asesinados, Bosteels advierte sobre la intensificación de la victimización y desconfía de sus efectos. El “memorial de agravios”, como lo entiende el autor, habría comenzado con los *icnocúicatl*, los cantos tristes aztecas o con los registros de Fray Bartolomé de las Casas, cuyo resultado ha sido, en cierta medida, paralizante. Apoyándose en las indagaciones de Wendy Brown, entonces, se cuestiona la potencia emancipadora de las políticas identitarias que se inscriben en el dolor. Más bien, en este trabajo, Bosteels apuesta por recoger el “recuerdo de los días de felicidad colectiva cuya memoria ha sido obliterada bajo el peso del trauma” (104).

El cuerpo del libro se encuentra dividido en dos partes: una histórica, “La comuna en México”, más extensa, y otra teórica, “México en Marx, Marx en México”. En los capítulos iniciales del primer segmento, que se titulan “Razones de un desencuentro” y “La forma política al fin descubierta”, Bosteels atribuye el desencuentro entre la Revolución mexicana y el comunismo a un desfase tanto cronológico como ideológico. De manera paradigmática, señala que Villa, al igual que Zapata, ya estaban derrotados para 1919, año en que se funda el Partido Comunista del país. Consecuentemente, quienes se dedicaron a estudiar la historia de la Revolución mexicana no se interesaron por la historia del comunismo en México y viceversa. En las oportunidades en las que se las abordó a la par, al contrastarla con el caso de los soviets rusos, la experiencia mexicana fue interpretada como una versión defectuosa o fallida. Por otra parte, Bosteels adjudica los motivos del desencuentro ideológico a un enfrentamiento irresuelto entre el comunismo y el anarquismo y a la adopción de conceptos y de estrategias de lucha que no se condicen con la singularidad de la realidad mexicana.

El tercer apartado, “Fragmentos de una historia de la comuna en México”, traza un recorrido por las experiencias comuneras en el territorio mexicano que el autor reconstruye prestando atención a acontecimientos que no necesariamente se pensaron como tales, pero que, de acuerdo con el criterio poroso que adelanta, merecen ser constelados en el mismo cielo. Ingresan en esta genealogía la colonia de Topolobampo (1872-1893), dirigida por Albert K. Owen, la experiencia de Edendale (1914-1916) llevada adelante por los seguidores de Ricardo Flores Magón al noroeste de Los Ángeles, el Acapulco

gobernado por Juan Ranulfo Escudero (1919-1923), la Colonia Proletaria Rubén Jaramillo (1973) y el levantamiento neozapatista en Chiapas (1994). La recepción de la Comuna de París en los círculos políticos mexicanos entre los años 1871 y 1877, sin embargo, constituye el primer hito. Ocupa un lugar central del desarrollo la creación del periódico *La Comuna* en 1874, renombrado al poco tiempo como *La Comuna Mexicana*, órgano que pretendía hacerse eco de los episodios recientes y expandir su potencia por toda América. Asimismo, la llamada Comuna de Morelos (1914-1915), organizada por los zapatistas, inaugura “períodos de latencia” de comunalismo en ese territorio con sucesivas reactivaciones hasta la década del sesenta. Más contemporáneamente, incorpora a la mencionada revuelta de Oaxaca (2006), en la que, por primera vez, sus impulsores autodenominan a su iniciativa como “comuna”, y el autositio de la municipalidad de Cherán (2011). El breve capítulo que sigue, titulado “Lecciones desde Lecumberri”, funciona como una coda del anterior en la que Bosteels propone que el propio Estado mexicano engendró de manera inintencional una suerte de “metacomuna”. El Palacio de Lecumberri, la prisión para detenidos políticos que funcionó hasta 1976 y en la que coincidieron y se asociaron figuras como Adolfo Gilly, José Revueltas, Gastón García Cantú, junto con una amplia red de activistas, escritoras y militantes mujeres, habría servido de laboratorio para pensar la comuna. De hecho, producto de su estadía allí es que Gilly escribe *La revolución interrumpida* (1968), obra desde la que Bosteels parte y con la que dialoga y polemiza a lo largo de su trabajo.

La segunda sección del libro se inicia con el capítulo “Crítica de la división internacional del trabajo intelectual” en la que el autor propone regresar a textos menos transitados de Marx, como sus *Apuntes etnológicos* (1880-1882), y pensar posibles articulaciones entre la estrategia de la “comuna” en su acepción moderna y europea con la comunalidad y la comunidad, formas de organización americanas de tradición indígena. Para avanzar esta propuesta, Bosteels advierte sobre tres divisiones en el campo de la investigación y de la producción de conocimiento que identifica como compartimientos estancos. Así, son puestas en cuestión las relaciones entre el canon y la marginalia de la producción de Marx, editada en buena medida por lectores latinoamericanos a partir de los años setenta, las tensiones entre la reflexión teórica y la investigación empírica, y la falta de valor epistemológico que se les otorga a espacios no occidentales. Para sortear estos inconvenientes, Bosteels opera una serie de “cortocircuitos” en la relación entre el propio Marx y México, e intenta ir más allá de las lecturas

que se hicieron de los textos marxistas en el país a lo largo del siglo XX, centrándose en escritos posteriores.

De esto trata el apartado siguiente, “Del *New York Daily Tribune* a los *Grundrisse*”, en el que Bosteels primero se ocupa del Marx que publica artículos en los diarios neoyorkinos y guarda prejuicios sistemáticos acerca del pueblo mexicano, en línea con una visión hegeliana de la historia. La investigación sobre América Latina conduce a Marx a desarrollar conceptos sobre los modos de producción precapitalistas que, según Bosteels, lo apartan de la visión evolutiva y teleológica que imponía, como condición necesaria para alcanzar el comunismo, la modernización y un previo estadio capitalista. De las anotaciones que realiza en los *Grundrisse* (1857-1858), ofreciendo un esquema clasificatorio de los distintos tipos de sociedades entre las cuales contempla a la azteca y a la incaica, el autor destaca la premisa metodológica que lo guía. En este sentido, el método material histórico de Marx, que se sirve de trabajos antropológicos y etnológicos, no solo permite desbaratar la ilusoria naturalidad del capitalismo, al desplegar la violencia de la acumulación originaria, sino que además vuelve su atención sobre ese resto de forma de vida a partir de la cual se podría aún imaginar otro futuro.

El acercamiento a la obra de Marx se desarrolla con toda su potencia en el último capítulo, “El Marx tardío o la vía mexicana: De los *Apuntes etnológicos* a la correspondencia con Vera Zasúlich”. Llegado a este punto, Bosteels presenta una lectura filológica del original en alemán, y de las posteriores traducciones de “Formas que preceden a la acumulación capitalista”, incluido en los *Grundrisse*, en la que advierte un manejo poco claro de los términos “comunidad”, “comunalidad” y “ser común” por parte del filósofo alemán. Para aproximarse a su sentido, Bosteels retoma las fuentes con las que el propio Marx trabaja casi treinta años más tarde cuando escribe sus *Apuntes etnológicos*, en los que se centra en *La sociedad primitiva* de Lewis Henry Morgan. Es este libro el que le permite acceder al coautor de *El Manifiesto comunista* a datos concretos sobre la organización económica y la estructura política de la sociedad comunal azteca. A partir de un riguroso y extraordinario trabajo textual, el autor muestra cómo Marx, por intermedio de Morgan, se acerca a la conceptualización de la forma del *calpulli* y a su modo particular de tenencia y distribución colectiva de la tierra. A su vez, se subraya cómo toma nota del efecto destructor que produce la consolidación de un Estado central durante el siglo XIV, en detrimento de la autonomía de los *calpulli*. Así también, dado que el mismo proceso significó la exclusión de las mujeres de las actividades guerreras y, por tanto, de la política, Bosteels enlaza el surgimiento reciente de propuestas no estado-céntricas elaboradas desde perspectivas feministas como la que formula Raquel Gutiérrez Aguilar.

La manera en que estas lecturas llevan a Marx a replantear sus ideas acerca de la comuna se lee en la respuesta que este le ofrece a la militante revolucionaria rusa, Vera Ivanova Zasúlich, cuando ella se dirige al filósofo alemán en relación con el futuro de la comuna agraria rusa en su famosa carta de 1881. Para sorpresa de Zasúlich, quien esperaba una respuesta acorde con sus planteos teleológicos de la historia en *El Capital*, Marx responde convencido de que la comuna no debe ser eliminada, sino que en realidad constituye un punto de partida posible. De este modo, Bosteels termina de presentar su aguda reevaluación del trabajo de Marx, cuyo sentido se nos revela a partir de una compleja trama de materiales heterogéneos. A su vez, en el epílogo que resume este extraordinario trabajo, se resalta la actualidad de la comuna como estrategia de lucha social contemporánea y enseña la compleja y olvidada historia en la cual abreva. A diferencia de quienes opinan que experiencias pasadas quedaron “interrumpidas” o “incompletas” por no alcanzar una dimensión nacional, el teórico belga considera que los experimentos más recientes carecen de esa pretensión: “Ya no se trata entonces de «estatalizar» la comuna, sino de «comunalizar» la política en contra o a distancia del Estado” (314).

Para cerrar, este libro articula la historia de las experiencias comuneras mexicanas con un renovado examen de la teoría marxista elaborado desde una perspectiva que se sostiene como americana. Mediante el poder desclasificador de la (archi o pos) filología, que suspende los órdenes de las disciplinas y las gramáticas de los cuerpos, *La comuna mexicana* constituye una mesa de trabajo donde se liberan nuevos sentidos en la reunión de tiempos y espacios antes separados. Al recuperar la forma del *calpulli* y trazar una minuciosa genealogía de los levantamientos comunales, Bosteels dispone la memoria de esos experimentos para enriquecer el imaginario político de modos de organización antiestatales. A la par, este trabajo polemiza con quienes, en estos últimos años, han erigido una crítica de los afectos alegres asociándolos con discursos y técnicas normalizadoras. Lo que en esta oportunidad se propone, en cambio, es desarchivar esos momentos de felicidad colectiva, de juego, de creatividad, para que se nos contagie el entusiasmo.

Bibliografía

TELLO, ANDRÉS MAXIMILIANO. *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo*. Adrogué: La Cebra, 2018.